

Dedicación de la basílica de San Juan de Letrán



Hoy, nuevamente interrumpimos la lectura del evangelio de Lucas, para dar lugar a la fiesta de la dedicación de la basílica de San Juan de Letrán. ¿Por qué damos tanta importancia a este templo en vez de celebrar la dedicación de la basílica de San Pedro? Es cierto, que ambas, junto a Santa María la Mayor y San Pablo extramuros, son las 4 basílicas mayores de Roma. Pero San Pedro, que hoy representa la imagen por excelencia de la Iglesia católica, es mucho más reciente:

terminó de construirse en el s. XVII. San Juan de Letrán es mucho más antigua: construida por Constantino, en el s. IV y donada junto al palacio adyacente -que había pertenecido a la familia de los Laterani- se convirtió en la catedral de la diócesis de Roma y sede del obispo de Roma (el papa). Por eso ostenta el título honorífico de “madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad de Roma y de toda la tierra”. Fue originalmente dedicada al Santísimo Salvador y, algunos siglos después, dedicada también a San Juan Bautista y San Juan Evangelista. La fiesta de hoy, por lo tanto, es un signo de unidad con el papa y con toda la Iglesia, así como una ocasión para reflexionar sobre el sentido espiritual del templo.

Para nosotros, es natural que nuestra religión, como cualquier otra, tenga templos. Pero para la mentalidad bíblica no era algo descontado. Dios es el Creador del Universo y, por lo tanto, lo trasciende infinitamente y no puede ser contenido por Él. Por eso, cuando el rey David, una vez afianzado en el trono, quiso construir el Templo en agradecimiento, Dios no se lo permitió y le respondió por boca del profeta Natán:

¿Eres tú el que me va a edificar una casa para que yo la habite? Desde el día en que hice subir de Egipto a los israelitas hasta el día de hoy, nunca habité en una casa, sino que iba de un lado a otro, en una carpa que me servía de morada. Y mientras caminaba entre los israelitas, ¿acaso le dije a uno solo de los jefes de Israel, a los que mandé apacentar a mi Pueblo: «¿Por qué no me han edificado una casa de cedro?»». (2 Samuel 7)

Pero David hizo los preparativos para que su hijo, Salomón, llevara a cabo el proyecto. Y Salomón, una vez construido el Templo, habiendo aprendido de la experiencia de su padre, reza a Dios de este modo:

¿Es posible que Dios habite realmente en la tierra? Si el cielo y lo más alto del cielo no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta Casa que yo he construido! No obstante, Señor, Dios mío, vuelve tu rostro hacia la oración y la súplica de tu servidor, y escucha el clamor y la oración que te dirige hoy tu servidor. (1 Reyes 8)

¿Por qué esta preocupación con respecto al templo? Porque construir una casa para Dios conlleva el peligro de creer que a Dios se lo puede encerrar en un templo, es decir, que se lo puede

instrumentalizar: si Él sólo está adentro, no me importuna cuando estoy afuera; adentro, lo puedo tener satisfecho con el culto, sin comprometer la vida; afuera, puedo convertirlo en instrumento de mis intereses. Y esto constituye una perversión de la fe, del culto, del pensamiento y la vida del creyente.



Este es el problema que está detrás de la expulsión de los mercaderes del templo. Es un episodio narrado por los cuatro evangelios, pero el relato de Juan es el que muestra al Jesús más violento, que no sólo derriba los puestos, sino que trenza un látigo de cuerdas y fustiga a los comerciantes. Y explica su acción diciendo: *“No conviertan en un mercado la casa de mi Padre”*. No se trata de un gesto dirigido contra los comerciantes: ellos vendían los animales para el sacrificio y

cambiaban la moneda permitida en el templo. Tampoco es una simple denuncia de los negocios que hacían las autoridades. Es algo más radical: es un gesto profético dirigido contra el culto del Templo: la religión convertida en un “comercio”, un “toma y daca con Dios” (yo te doy culto y vos me das lo que yo necesito; vos me hacés un favor y yo te lo pago, y quedamos a mano). En una religión “comercial” no hay lugar para el amor, para el don gratuito de Dios, para la gratitud, para la entrega personal.

Cuando las autoridades interrogan a Jesús sobre su autoridad para realizar semejante gesto, Él responde: “destruyan este templo y lo edificaré en tres días”. En Juan, Jesús habla siempre de modo espiritual mientras que sus adversarios lo entienden de modo material (es decir, mundano): *“La construcción de este templo llevó 46 años, ¿y tú puedes reedificarlo en tres días?”* Pero, dice el narrador, Jesús se refería al templo de su cuerpo: el Templo de Jerusalén, símbolo del culto corrupto, será destruido, pero Jesús, resucitando al tercer día, será el nuevo Templo, donde habita Dios y donde se le rendirá, en adelante, el culto auténtico.

Aquí está el núcleo de sentido de este episodio: Jesucristo, con su vida y su muerte, nos revela cuál es el verdadero culto, el que realmente agrada a Dios: Él no le ofrece a Dios sacrificios u ofrendas, sino que se ofrece *a sí mismo* en sacrificio, en acción de gracias, Eucaristía. Si nosotros queremos superar el peligro de que nuestra relación con Dios decaiga en una forma sutil de comercio, debemos seguir el ejemplo de Jesús: como dice San Pablo en la Carta a los Romanos, cap. 12: *“Los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios: este es el culto espiritual que deben ofrecer”*.

Todo esto nos ayuda a entender que el templo físico no es un simple edificio afectado a una función religiosa. Es el símbolo del Cuerpo de Cristo, en el cual habita Dios, y unidos a Él rendimos a Dios el “culto espiritual”, entregándole junto a Cristo nuestros propios cuerpos como “víctimas vivas”. En este culto ya no existe un “adentro” y un “afuera” del templo: la eucaristía que celebramos adentro sacramentalmente la vivimos fuera como “existencia eucarística”. Fe y vida, inseparables, constituyen nuestro culto. Y nos unimos también a todos los creyentes, de todo el mundo, como “piedras vivas” del Templo del Espíritu, cuyo fundamento es Cristo. Como nos dice San Pablo en la segunda lectura (1 Corintios 3): *“Ustedes son templo de Dios”*.